

SANTIDAD FEMENINA Y USO PROPAGANDÍSTICO DE LA VOT DURANTE LA EDAD MODERNA. LA UTILIZACIÓN DE LAS HAGIOGRAFÍAS COMO MOLDEADOR DE CONDUCTAS: EL EJEMPLO DE LA VIDA DE MARIANA DE JESÚS

FEMININE SANCTITY AND PROPAGANDISTIC USE OF THE FRANCISCAN THIRD ORDER DURING THE MODERN AGE. THE USE OF HAGIOGRAPHIES AS A BEHAVIOR SHAPER: THE EXAMPLE OF THE LIFE OF MARIANA DE JESÚS

ALBERTO MORÁN CORTE¹

University of International Business and Economics (UIBE)
albertomcorte@gmail.com

RECIBIDO/RECEIVED: 15-09-2021

ACEPTADO/ACCEPTED: 23-11-2021

RESUMEN:

El objetivo de este trabajo es mostrar las conductas y características que tras la reforma tridentina debían encaminar a la beatificación o canonización de las mujeres merecedoras de dicho trato, y que además debían constituirse como modelos de comportamiento femenino. Para ello, partiremos de los rasgos que diferentes autores ya han ido señalando en sus estudios, y tomando como ejemplo el caso concreto de la hermana terciaria Mariana de Jesús, comprobaremos en qué medida cumplía o contravenía con estos arquetipos conductuales.

PALABRAS CLAVE: Orden Tercera Secular Franciscana, Franciscanos, Religiosidad Popular, Mujeres Santas, Propaganda.

ABSTRACT:

The aim of this paper is to show the behaviors and characteristics that, after the Tridentine reform, should lead to the beatification or canonization of women deserving of such treatment, and should also become models of female behavior. To do this, we will start from the features that different authors have already pointed out in their studies and taking as an example the specific case of the

¹ <https://orcid.org/0000-0003-1603-9834>. Doctor en Historia Moderna por la Universidad de León, actualmente desempeña su labor docente en la University of International Business and Economics (UIBE).

tertiary sister Mariana de Jesús, we will check to what extent she complied or contravened these behavioral archetypes.

KEYWORDS: Secular Franciscan Third Order, Franciscanism, Popular Religiosity, Holy Women, Propaganda.

Para citar este artículo/Citation: MORÁN CORTE, Alberto. «Santidad femenina y uso propagandístico de la VOT durante la Edad Moderna. La utilización de las hagiografías como moldeador de conductas: el ejemplo de la vida de Mariana de Jesús». *Archivo Ibero-Americano* 81, n^{os} 292-293 (2021): 233-259. <https://doi.org/10.48030/aia.v81i292-293.223>.

1 INTRODUCCIÓN

En este trabajo, y tomando como referencia estudios anteriores en los que se han venido señalando una serie de actitudes o capacidades que debían mostrar aquellas personas que podían llegar a ser consideradas como una santidad, se pretende tomar un ejemplo femenino concreto, para comprobar en qué medida esa mujer cumplía con los estándares ya conocidos o, dado el caso, en que puntos mostraba algunos comportamientos discordantes con lo conocido hasta el momento.

Si bien es este un proceso que hunde sus raíces en tiempos muy anteriores a los siglos bajomedievales y modernos, existen dos aspectos que resultarán importantes en el devenir futuro de las beatificaciones y santificaciones. En este sentido, la aparición de la imprenta como elemento difusor de ideas, al igual que el Concilio de Trento como capítulo fundamental a partir del que se podría hablar, al menos en ciertos aspectos, de un nuevo modelo de religiosidad, repercutirán de manera significativa en el proceso al que trataremos de acercarnos en estas líneas.

Por tanto, un breve acercamiento a estos dos momentos esenciales de la Historia, además de un intento de caracterización de las principales cualidades que los especialistas han venido señalado como necesarias para alcanzar el estatus de beata o santa, nos servirán para poner en contexto el caso de la hermana terciaria Mariana de Jesús. Centrándonos en su hagiografía, procuraremos aportar un ejemplo más para comprender mejor los aspectos que encierran estas causas.

2. LA IMPRENTA COMO MECANISMO PROPAGANDÍSTICO

Probablemente, cuando los primeros cajistas colocaban con mano firme en el componedor las letras que debían conformar los renglones a imprimir, no fueran enteramente conscientes de la tremenda repercusión que sus sencillos pero medidos movimientos manuales tendrían a lo largo de la Historia. Ni mucho menos podrían

imaginarse el importantísimo papel difusor y propagandístico que aquellos textos que se componían en sus pequeños talleres alcanzarían a lo largo de los siglos modernos.

El papel desempeñado por la imprenta como elemento impulsor de cultura, de ideas y de cambios ha quedado suficientemente demostrado por numerosos autores.² Su importancia puede rastrearse en innumerables capítulos de la Historia que muestran a las claras su poder como herramienta propagandista y difusora. Así, por ejemplo, no debemos más que pensar en la polémica religiosa que a la larga acabaría por cambiar la concepción sociopolítica del continente europeo y que tuvo su inicio con las famosas noventa y cinco tesis de Lutero hechas públicas en el año 1517 en Wittenberg, las cuales fueron copiadas y distribuidas por centenares en todo el Sacro Imperio gracias a la tipografía.³ Del mismo modo, podemos pensar en cómo incalculables cantidades de pasquines impresos en las más diversas prensas del viejo continente agitaron en multitud de ocasiones y en diferentes latitudes a las clases populares, provocando numerosos motines y protestas.

Por tanto, si parece fehaciente que el papel impreso fue parte fundamental de distintos episodios de la época moderna donde ejerció tanto de herramienta de difusión como de elemento de agitación, no debemos considerar que su función como instrumento aleccionador y de control pudiera haber sido menos importante. Y es precisamente en este punto donde los escritos de carácter religioso cobrarán especial relevancia. Ahora bien, la importancia de la imprenta para la circulación de este tipo de textos no se dejó notar únicamente en los territorios de la Reforma tal y como se había pensado durante mucho tiempo, sino que el mundo católico era igualmente consciente del valor y conocedor del beneficioso uso que se podía obtener de la tipografía, llegando algún autor a calificarla como una invención de naturaleza claramente divina, tal como hizo por ejemplo Melchor de Cabrera en su obra *Discurso*

2 Este ha sido un aspecto de la historia objeto de una abundante literatura que resultaría complicado citar aquí. Sirvan como ejemplo los trabajos de Elizabeth EISENSTEIN, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea* (Madrid: Akal, 1994). De la misma autora, EISENSTEIN, *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016). Asa BRIGGS y Peter BURKE, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación* (Madrid: Taurus, 2002), 27-124.

3 En este sentido la lectura de las sesiones del Concilio de Trento puede servirnos de aviso respecto a la importancia propagandística de la imprenta. Así en la sesión XVIII del mismo, celebrada en 26 de febrero de 1562 y que llevaba por encabezamiento «*Decreto de la elección de libros y de que se convida a todos al Concilio por un salvoconducto*» ya se advierte de la proliferación de libros contrarios a las ideas católicas, pues se escribía: «... Y habiendo reconocido ante todas cosas que se ha aumentado excesivamente en estos tiempos el número de libros sospechosos y perniciosos, en que se contiene y propaga por todas partes la mala doctrina...», *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, trad. por Ignacio LÓPEZ DE AYALA, 4ª ed. (Madrid: Imprenta de Ramón Ruiz, 1798), 214.

legal, histórico y político, en prueba del origen, progresos, utilidad, nobleza y excelencias del arte de la imprenta publicada en Madrid en el año 1675.⁴

Será pues la Edad Moderna el primer periodo histórico en el que, a decir de Bouza Álvarez, el fenómeno religioso pueda servirse de un medio de difusión masivo tanto para alcanzar sus fines pastorales, como para la expresión del sentimiento espiritual. Y ello a pesar de las elevadas tasas de analfabetismo del momento.⁵ Precisamente debido a este elevado índice de iletrados, no debemos pasar por alto que la Iglesia postridentina utilizaría todos los medios visuales a su alcance para integrar a la población en el programa religioso de la Contrarreforma.⁶ En este sentido, además de las lecturas comunitarias en voz alta que se pudieran hacer de los, a partir de entonces, numerosos libros de temática religiosa existentes,⁷ también cobrarán especial importancia otras formas de propaganda visual.⁸ Así pues, desde las celebraciones públicas hasta las estampitas religiosas de escasa calidad, pasando por las representaciones teatrales, los retablos, los cuadros, los grupos escultóricos, ciertos elementos decorativos, los villancicos, etc., pondrían al alcance y a la vista de espectadores de muy diversa formación y procedencia, la vida y milagros de un buen número de santos y santas.⁹

3. LAS DISPOSICIONES TRIDENTINAS

Decíamos que la imprenta se convirtió en importante motor de cambio para algunos procesos históricos, y entre ellos indicábamos la importancia que la tipografía desempeñó en la difusión de las ideas de la Reforma. Como es lógico, esta nueva sensibilidad religiosa que se extendía por el viejo continente tuvo una enérgica y recia respuesta

4 Referencia tomada de Fernando J. BOUZA ÁLVAREZ, «Leer para creer. Religión y cultura del libro en la Edad Moderna», en *Historia del cristianismo*, vol. 3, *El mundo moderno*, coord. por Antonio Luis CORTÉS PEÑA (Madrid: Editorial Trotta / Universidad de Granada, 2006), 637-679.

5 BOUZA ÁLVAREZ, «Leer para creer», 640.

6 Ofelia REY CASTELAO, *A Galicia clásica e barroca* (Vigo: Editorial Galaxia, 1998), 179.

7 No en vano, Bouza Álvarez llegó a hablar de un auténtico negocio editorial del libro de carácter espiritual. BOUZA ÁLVAREZ, «Leer para creer», 655.

8 De hecho, uno de los capítulos del Concilio de Trento, y sobre el cual volveremos, ponía de manifiesto cómo se podía instruir al pueblo a partir de las historias plasmadas en las pinturas, puesto que «[...] se saca mucho fruto de todas las sagradas imágenes, no solo porque recuerdan al pueblo los beneficios y dones que Cristo les ha concedido, sino también porque se exponen a los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los santos, y los milagros que Dios ha obrado por ellos, con el fin de que den gracias a Dios por ellos, y arreglen su vida y costumbres a los ejemplos de los mismos santos; así como para que se exciten a adorar y amar a Dios, y practicar la piedad». *El sacrosanto y ecuménico...*, 358.

9 Roberto J. LÓPEZ LÓPEZ, «La hagiografía como fuente para la historia social y cultural de la Edad Moderna», en *Los vestidos de Clío. Métodos y tendencias recientes de la historiografía modernista española (1973-2013)*, ed. por Ofelia REY CASTELAO y Fernando SUÁREZ GOLÁN (Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2015), 371.

desde los territorios de la Europa católica, y un proceso importante en esa réplica lo supuso el Concilio de Trento. Este cónclave se conformó con la celebración de diferentes sesiones a lo largo de varios años del siglo XVI. La intención de este no era otra que la de impulsar una importante renovación en el seno de la Iglesia católica,¹⁰ con la que tratar de responder, al menos en parte, a los numerosos peligros que representaban los movimientos reformistas. Precisamente en una de esas sesiones, la número xxv, celebrada entre los días 3 y 4 de diciembre del año 1563, una de las cuestiones que en ella se trató y se conformó como un capítulo de la misma llevaba por título *De la invocación, veneración y reliquias de los Santos, y de las sagradas imágenes*.¹¹

En esta sesión tal y como indica su encabezado, y más allá de denotarse ciertos ataques directos a las doctrinas defendidas desde la ideología reformista, algo que por otra parte y como es lógico, se percibe en el conjunto del texto impreso con los resultados del concilio tridentino; los delegados católicos se centraron en un importante aspecto de estas pretendidas nuevas respuestas frente a los peligros protestantes; esto fue la mediación que los santos y las santas desempeñaban en el devenir de los católicos, tanto por su carácter ejemplar como por su capacidad intercesora ante Dios, animándolos por tanto a una espiritualidad mucho más cercana e incluso más comprensible. Tal y como queda recogido en algunas líneas del decreto conciliar.

Manda el santo Concilio a todos los Obispos, y demás personas que tienen el cargo y obligación de enseñar, que instruyan con exactitud a los fieles ante todas las cosas, sobre la intercesión invocación de los santos, honor de las reliquias, y uso legítimo de las imágenes, según la costumbre de la Iglesia Católica y Apostólica [...] enseñándoles que los santos que reinan juntamente con Cristo, ruegan a Dios por los hombres; que es bueno y útil invocarles humildemente, y recurrir a sus oraciones, intercesión y auxilio para alcanzar de Dios los beneficios por Jesucristo su hijo [...].

Instruyan también a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires, y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo, y templos del Espíritu Santo [...] y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres.¹²

Otro de los aspectos sobre los que se trató y debatió a lo largo del concilio tridentino y que también nos interesa en este punto, guarda precisamente relación con las

10 Adriano PROSPERI, *El concilio de Trento. Una introducción histórica* (Ávila: Junta de Castilla y León, 2008).

11 *El sacrosanto y ecuménico...*, 355-360.

12 *Ibidem*, 355-357.

condiciones y procedimientos que se debían seguir para sancionar tanto a los nuevos santos como a las nuevas reliquias una vez finalizada la convención. El 22 de enero de 1588, mediante la constitución apostólica *Inmensa aeterni Dei*, el papa Sixto V creó la *Congregatio pro Sacri Ritibus et Caeremoniis* o Sagrada Congregación de Ritos, que debía encargarse en adelante del estudio de las causas de los santos, así como organizar el culto y calendario litúrgico, desempeñando por tanto desde ese momento la propia Roma el papel central de todo el proceso de canonización.¹³ Esto surgió como respuesta a una de las disposiciones tridentinas, pues precisamente la parte final de la XXV sesión del santo Concilio establecía que

... a nadie sea lícito poner, ni procurar se ponga ninguna imagen desusada y nueva en lugar ninguno ni iglesia, aunque sea de cualquier modo exento, a no tener la aprobación del Obispo. Tampoco se han de admitir nuevos milagros, ni adoptar nuevas reliquias, a no reconocerlas y aprobarlas el mismo Obispo. Y este luego que se certifique en algún punto perteneciente a ellas, consulte algunos teólogos y otras personas piadosas y haga lo que juzgare convenir a la verdad y piedad.¹⁴

Se indicaba además que en caso de existir alguna cuestión que pudiera resultar dudosa o cuya resolución pareciera demasiado complicada, el obispo en cuestión debería esperar antes de resolver la polémica a una sentencia en firme del Metropolitano y de los obispos comprovinciales. Pero pese a esta advertencia, se insistía finalmente en que, de cualquier forma, nunca debería decretarse «... ninguna cosa nueva, o no usada en la Iglesia hasta el presente, sin consultar al Romano Pontífice». Es decir, en última instancia era en manos del mismo Papa en donde residía la decisión final.¹⁵

Este dictamen sobre los estrenados usos que debían seguirse para evitar sancionar nuevos santos o reliquias sin las aprobaciones pertinentes pretendía responder en cierto modo a la forma en que tradicionalmente se venía actuando. Hasta la celebración del Concilio de Trento, prácticamente era la aclamación popular la que dictaminaba y establecía quiénes debían considerarse como los nuevos santos. Si bien es cierto que, desde los siglos de la Plena Edad Media, comenzaría a cobrar mayor protagonismo la intervención de la figura papal en el proceso de la creación de los

13 Domingo Luis GONZÁLEZ LOPO, «¿Cómo se construye la historia de un santo? La imagen del santo y su evolución a través de los siglos: el ejemplo de S. Rosendo de Celanova», *Lusitania Sacra* 28 (2013): 25. Federico PALOMO DEL BARRIO, «Un catolicismo en plural: identidades, disciplinamiento y cultura religiosa en los mundos ibéricos de la Edad Moderna», en *Poder, sociedad, religión y tolerancia en el mundo hispánico: de Fernando el Católico al siglo XVIII*, coord. por Eliseo SERRANO MARTÍN y Jesús GASCÓN PÉREZ (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2018), 1:203.

14 *El sacrosanto y ecuménico...*, 359-360.

15 *Ibidem*, 360.

santos. Asunto en el que se tendría por fundamental una pequeña investigación llevada a cabo por las más altas autoridades eclesiásticas acerca de las que se consideraban como pruebas esenciales para declarar la santidad, que no eran otras que los milagros.¹⁶ Al fin y al cabo, se estaba procurando crear para estos siglos modernos un nuevo tipo de santidad, y este ya no debía responder a aquella imagen de un héroe martirizado al que la Iglesia tenía acostumbrada a la sociedad del momento.¹⁷

4. LAS CARACTERÍSTICAS DE LA LITERATURA HAGIOGRÁFICA COMO FORJADORAS DE SANTIDADES

Será precisamente en este contexto postridentino de difusión cultural e ideológica, cuando se vislumbren con mayor intensidad ciertos conflictos entre los hermanos terciarios franciscanos (apoyados en numerosas ocasiones, tal como cabría esperar, por la primera orden) y otras asociaciones religiosas seculares. Muchas de estas disputas estaban motivadas por cuestiones de preeminencia en los diferentes actos públicos, después de todo para los terciarios suponía un honor pertenecer a una orden reconocida por Roma, considerándose por tanto más que una simple cofradía. Especialmente intensos resultaron los problemas con la orden terciaria dominica, aspecto este que motivaría una importante producción bibliográfica cuyo objetivo no

16 Para conocer los procesos seguidos de cara al establecimiento de los nuevos y nuevas candidatas a santidad, resulta imprescindible André VAUCHEZ, *La sainteté en occident aux derniers siècles du moyen âge. D'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques* (Rome: École française de Rome, 1988). También de interés para conocer los antecedentes medievales Javier PÉREZ-EMBED, *Santos y milagros. La hagiografía medieval* (Madrid: Editorial Síntesis, 2017). Igualmente relevantes pueden consultarse, entre otros: GONZÁLEZ LOPO, «¿Cómo se construye la historia?», 21-48. Domingo Luis GONZÁLEZ LOPO, «El peso de la tradición frente a la renovación tridentina: la devoción a San Julián en la Galicia del Barroco», en *A la luz de Roma. Santos y santidad en el barroco iberoamericano. Volumen II. España, espejo de santos*, ed. por Fernando QUILES GARCÍA, José Jaime GARCÍA BERNAL, Paolo BROGGIO, Marcello Fagiolo DELL'ARCO (Sevilla: E.R.A. Arte, Creación y Patrimonio Iberoamericanos en Redes / Universidad Pablo Olavide / Roma Tre-Press, 2020), 117-136. Para la etapa posterior al Concilio de Trento son también de interés Jan-Robert ARMOGATHE, «La fábrica de los santos. Causas españolas y procesos romanos de Urbano VIII a Benedicto XIV (siglos XVII-XVIII)», en *Homenaje a Henri Guerreiro. La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, ed. por Marc VITSE (Madrid: Universidad de Navarra / Editorial Iberoamericana, 2005), 149-168. Teófanos EGIDO, «Hagiografía y estereotipos de santidad contrarreformista (La manipulación de san Juan de la Cruz)», *Cuadernos de Historia Moderna* 25 (2000): 61-85. Eliseo SERRANO MARTÍN, «Hagiografía y milagro. Fabricar santos en la Edad Moderna», en *Identidades y fronteras culturales en el mundo ibérico en la Edad Moderna*, ed. por José Luis BETRÁN, Bernat HERNÁNDEZ, Doris MORENO (Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2016), 193-215.

17 Esther JIMÉNEZ PABLO, «La santidad politizada en época moderna: estudios más recientes», *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada* 43 (2017): 11-18.

era otro que el de mostrar la preponderancia franciscana.¹⁸ En este sentido, también servirá de modelo la obra que más adelante analizaremos de forma más detallada, pero señalemos ahora un hecho concreto de la misma. Según nos relata su hagiografía, en un momento dado de su vida, la hermana Mariana de Jesús junto con otra hermana terciaria sintió un fuerte deseo de ingresar en la orden tercera dominica. Tras unos días rezando por igual a santo Domingo y san Francisco, vivió un estado de éxtasis en el que tuvo una visión en la cual los dos se le aparecieron. En ella comprobó como el primero pedía licencia al segundo para que la hermana doña María Sotelo tomara el hábito de su orden, concediéndolo, a su pesar, el seráfico padre. Sin embargo, llegado el momento de que diera permiso a la hermana Mariana de Jesús, ante el silencio de san Francisco insistía santo Domingo en conocer su respuesta, que no fue otra que: «mi amigo querido, esta quiero que sea toda mía, y así no es mi voluntad tome tu hábito». Ante estas palabras, su sierva se mostró muy feliz, provocándole un amor todavía más grande hacia el serafín de Asís y sintiéndose indigna de tal merced. Parece por tanto que estaríamos ante un claro elemento propagandístico en lo relatado en este capítulo, cuyos objetivos no debían de ser otros que, por un lado el de mostrar como una de las más ilustres hijas de san Francisco le sería completamente fiel gracias a esa muestra de amor paterno, y por el otro remarcar la superioridad franciscana frente a la dominica.

Así pues, considerando a la Iglesia como moldeadora de las conductas femeninas en este aspecto espiritual, cabe señalar que tal y como ya han indicado Martínez Peñín y Martín García, las características generales que a decir de la literatura hagiográfica se les pueden atribuir a todas las santas y beatas no eran exclusivas, ni mucho menos, de aquellas mujeres que vestían el hábito terciario.¹⁹ Sino que estas respondían a unos patrones generales y dominantes, faltos de originalidad, que venían a definir y reproducir el estereotipo de santidad de la época, adecuándose por tanto cada una de las vidas de las beatas y santas más al modelo general que a la propia personalidad de la protagonista de la hagiografía.²⁰ Entendamos pues las vidas de santas como obras literarias en las que, de manera general, se presenta y defiende una visión de las mujeres bastante alejada de la que era la habitual en la época moderna, en tanto en cuanto lo que se hace en estos escritos es afirmar tanto sus capacidades

18 Alfredo MARTÍN GARCÍA, «Franciscanismo seglar y propaganda en la Península Ibérica y ultramar durante la Edad Moderna», *Sémata. Ciências Sociais e Humanidades* 26 (2014): 271-293.

19 Raquel MARTÍNEZ PEÑÍN y Alfredo MARTÍN GARCÍA, «Las santas terciarias medievales como modelo del comportamiento femenino en las fraternidades peninsulares durante la Edad Moderna», en *As Ordens Terceiras no mundo ibérico da Idade Moderna*, coord. por Maria Marta Lobo de ARAÚJO (Braga: Santa Casa da Misericórdia de Braga, 2018), 127.

20 EGIDO, «Hagiografía y estereotipos de santidad», 69.

como sus aportaciones a la historia de la Iglesia.²¹ Es por ello que entre las facultades que debían configurar la nueva santidad para erigirse como modelo y arquetipo de comportamiento femenino, y que es precisamente lo que aquí trataremos de mostrar a partir de un ejemplo concreto, debían contarse una serie de conductas que ya han sido perfectamente resumidas por Martínez Peñín y Martín García.²²

En primer lugar, es posible percibir cómo en numerosas ocasiones el interés por la proclamación de una nueva santa o beata iba más allá del de la propia tercera orden, contando por tanto con apoyos de hermanos pertenecientes a la primera, e incluso de los poderes locales de alguna ciudad o villa que consideraran beneficioso para la localidad contar con una santa que aportara prestigio a la misma. Tampoco resultaba extraño que incluso en ocasiones algún linaje poderoso que tuviera interés en cierta beatificación o canonización pudiera añadirse como aliado de la tercera orden.

Pese a que, tal y como ya hemos indicado, en las hagiografías tendía a presentarse a las mujeres como modelos de perfección, o al menos de imitación, en los siglos modernos la desconfianza hacia el sexo femenino seguía estando muy presente. De este modo, y aunque la mayoría de la producción hagiográfica terciaria tenía como protagonista a una mujer,²³ ello no resultó impedimento alguno para que en todas las obras se signifiquen y aprecien ciertos tópicos habituales respecto a la inferioridad femenina y su necesaria obediencia y dependencia de alguna figura de autoridad masculina.

Era igualmente corriente que se señalase en este tipo de literatura, pues al fin y al cabo se trataba de representar el patrón femenino de perfección, cierto desprecio a la vida marital a la cual únicamente acudían estas santas para cumplir con las obligaciones del sagrado sacramento matrimonial. Del mismo modo, y en este caso perfectamente en la línea del ideario franciscano, también se perciben en las obras hagiográficas terciarias una importante desatención a toda vanidad terrestre, algo que lógicamente adquiriría más valor cuanto más alto fuera el origen de la protagonista.

El espíritu penitencial era precisamente otra de las características a tener en cuenta para valorar la santidad. Usar el hábito franciscano era una manifestación de este espíritu, como también las largas etapas de ayunos, desgana y dejadez ante toda ingesta alimenticia, férreas prácticas disciplinarias y especialmente un frecuente uso del cilicio. Otro rasgo común a las santas terciarias nos conecta precisamente con este estoicismo que se desprende de la penitencia, pues todas ellas padecieron

21 LÓPEZ LÓPEZ, «La hagiografía como fuente», 386.

22 Las características que hemos considerado como generales para la génesis de una nueva santidad, y que referiremos a continuación, están sacadas de MARTÍNEZ PEÑÍN y MARTÍN GARCÍA, «Las santas terciarias medievales», 113-139.

23 MARTÍN GARCÍA, «Franciscanismo seglar y propaganda», 271-293.

a lo largo de su vida dolorosísimas y larguísimas enfermedades que sobrellevaron con temple, serenidad, firmeza e indiferencia. Lo cual, sin duda, representaría otro importante acto de penitencia y por tanto de perfeccionamiento espiritual.

También resultaban habituales en esta literatura las constantes visiones demoniacas. Pues no en vano nos estamos refiriendo a una época en la que «... el Maligno es habitual y cotidiano, con presencia en los púlpitos, la doctrina, la teología y la demonología erudita, el teatro, los caminos, las aguas y el aire». Y, al fin y al cabo, parece claro que «la cultura barroca no se entendería sin contar con que Satán, signo hueco, se significa y potentiza en sus representaciones culturales y el imaginario colectivo».²⁴ Eran estos unos encuentros en que la protagonista debía enfrentarse al maligno con ciertos tintes de épica, lo que, por otra parte, respondía muy bien a la moda lectora del momento. Después de todo, los libros más allá de la esperanza de que dieran fruto como portadores de enseñanzas espirituales, no dejaban de ser un producto comercial, de modo que no era extraño recurrir a ciertas argucias para que los potenciales clientes los compraran.²⁵ En esta misma línea de las visiones debemos circunscribir también otra de las peculiaridades atribuibles a las mujeres santas; nos estamos refiriendo a las apariciones de Jesucristo, de algunos santos e incluso de familiares y amigos fallecidos. Con ellos mantendrían las elegidas profundas conversaciones que, ante algún tipo de tentación, las harían reconducir su camino al lado correcto.

Otros episodios milagrosos que aparecen recogidos en innumerables volúmenes de esta literatura hagiográfica, y que también se configurarían como rasgos característicos de las santas, guardan relación con cuestiones taumatúrgicas como por ejemplo la curación de enfermos; así como también se describen en ocasiones aspectos relacionados con la adivinación del futuro. Finalmente, su paso a la otra vida también era común que estuviera jalonado por algún acontecimiento milagroso.

Pese a estos últimos atributos que hemos venido indicando, son varios los autores que han señalado cómo a partir de la Contrarreforma las vidas de santos comenzarían a renunciar en cierto modo a los aspectos milagrosos (si bien no deja de ser cierto que estos continuarían ocupando un papel esencial para ser reconocer y afirmar la santidad de una persona), poniendo el acento mucho más en su ejemplaridad, en todo aquello que los fieles podrían imitar para alcanzar su propia santificación.²⁶ Este aspecto lo resume afinadamente, según nuestro juicio, Armogathe cuando escribía lo siguiente:

24 Ambas citas proceden de, Beatriz MONCÓ REBOLLO, «Beatas y posesión demoniaca: contramodelos femeninos e inquisición», *Edad de Oro. Revista de Filología Hispánica* 38 (2019): 82-83.

25 BOUZA ÁLVAREZ, «Leer para creer», 645.

26 GONZÁLEZ LOPO, «¿Cómo se construye la historia?», 32.

Los santos modernos son los de la modernidad: tienen menos visiones, se minimizan los fenómenos sobrenaturales en beneficio de una vida ascética [...] y sobre todo de la obediencia a la Iglesia. Los santos modernos son santos de la docilidad, de la obediencia ejemplar, con menos mística y más virtudes que sus antepasados.²⁷

5. EL EJEMPLO DE LA HERMANA MARIANA DE JESÚS

Resumidas pues las que a decir de los expertos podríamos considerar como propiedades fundamentales para proceder a una beatificación y posterior canonización en los tiempos modernos, y que por tanto así se debían reflejar en la hagiografía correspondiente de cada santa, pasemos a centrarnos ahora en un ejemplo concreto y de ese modo comprobar hasta qué punto se cumplían o no estos estereotipos. Para ello hemos tomado como modelo la vida de la hermana Mariana de Jesús, si bien fue bautizada como Mariana de Rojas, modificando su apellido en el momento de tomar el hábito franciscano. Nació la hermana Mariana el día 17 de febrero del año 1577 en la villa de Escalona, provincia de Toledo y moriría en la ciudad de Toledo en 1620.²⁸ Compuso la biografía de esta beata terciaria el que había sido su confesor, el licenciado y clérigo presbítero Luis de Mesa, dándole por título *Vida, favores y mercedes que nuestro señor hizo a la venerable hermana Mariana de Jesús, de la Tercera Orden de San Francisco, natural de la villa de Escalona, que vivió y murió en Toledo*.²⁹ Se imprimió esta obra por primera vez en el taller del toledano Agustín Salas Zazo en el año 1661, volviendo a salir, esta vez de la tipografía real madrileña, en al menos otra ocasión, pues se conoce una segunda impresión, la cual fue tirada habiendo transcurrido diecisiete años desde la primera.

Precisamente en la dedicatoria que en la edición del año 1678 se le hacía a la reina Mariana de Austria, se indicaba lo beneficiosa que podría resultar esa segunda impresión de la obra, puesto que la primera había hecho «... tanto provecho en todos los que desean imitar, que con sagrada ansia solicitaron segunda impresión, aún las

27 ARMOGATHE, «La fábrica de los santos», 163.

28 Una breve nota biográfica sobre la hermana Mariana de Jesús puede consultarse en Isabelle POUTRIN, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne* (Madrid: Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 1995), <http://books.openedition.org/cvz/2409>. Así mismo, existe una breve composición teatral del autor toledano José de LOBERA Y MENDIETA, escrita en el siglo XVIII y dividida en dos partes, en la que se reflejan las principales vivencias de la terciaria y lleva por título *La muger más penitente, y espanto de charidad, la venerable hermana Mariana de Jesús*. Puede consultarse en <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvh668>.

29 Luis de MESA, *Vida, favores y mercedes que nuestro señor hizo a la venerable hermana Mariana de Jesús, de la Tercera Orden de san Francisco, natural de la villa de Escalona, que vivió y murió en Toledo* (Toledo: Agustín Salas Zazo, 1661. Madrid: Imprenta Real, 1678, 2ª impresión).

partes más remotas de las Indias». ³⁰ Queda patente pues ese modelo a simular que trataba de inculcar este género literario.

Decíamos anteriormente que una de las primeras características de las hagiografías consistía en el apoyo o en la existencia de ciertos aliados que compartieran el provecho de la beatificación del personaje en concreto. En el caso de Mariana de Jesús, además del lógico interés que tenía la propia Tercera Orden para darse prestigio a sí misma, contaba con palabras lisonjeras de fray Pedro de Alba y Astorga, padre franciscano y lector jubilado en Teología, que ejercía como Calificador del Supremo Consejo de la Santa y General Inquisición, y quien además de ejercer como lógico sancionador de la obra, también actuaba comisionado por el Vicario General de los frailes menores, fray Juan de Robles. Se aprecia también en la aprobación de este franciscano como le habían dispensado a la obra grandes elogios importantes autoridades, como por ejemplo el arzobispo de Toledo, los miembros del claustro de la misma ciudad, así como insignes teólogos tanto dominicos como jesuitas, no obstante, afirmaba sobre el libro que había «sido admiración de grandes teólogos y hombres de crecido espíritu». Estas alabanzas de diferentes personas de muy diversas procedencias también quedan patentes en otra aprobación que precede a la obra, en este caso la del mercedario fray Francisco Guzmán Ponce de León, también Calificador inquisitorial. Aparecen entre los halagadores frailes agustinos, jesuitas, algún miembro perteneciente a la orden del gran Basilio y, lógicamente franciscanos. Se contabilizan igualmente entre la nómina de nombres varios doctores y algún catedrático, así como el licenciado Juan de Vengochea, a la sazón rector del Hospital del Rey de Toledo. Indicaba además el mercedario que había mantenido contacto y se había comunicado con «otros muchos grandes sujetos», informándoles respecto a las maravillas de esta sierva de Dios, resultando entre todos ellos una «... común opinión, y conocimiento general de su prodigiosa vida, muerte y heroicas virtudes». Más allá de los ya señalados halagos que tanto el rector del Hospital del Rey como el arzobispo toledano le habían brindado a la obra, tampoco debía faltarle a esta el beneplácito de la propia ciudad de Toledo, pues afirmaba Fray Francisco de Guzmán al respecto «... que clama, y aclama por su beatificación y canonización».

Otro de los aspectos que era habitual encontrarse en la hagiografía de cualquier beata, guardaba relación, tal y como ya hemos señalado, con la debida y necesaria obediencia y sumisión que la protagonista debía mostrar frente a alguna figura masculina. En el caso de Marina de Jesús, más allá del cumplido respeto que manifestaba para con su confesor, detectamos este comportamiento fundamentalmente en los momentos iniciales de la narración. La desposó su padre por primera vez a los quince años con Andrés de Cuellar, un cantor de la capilla perteneciente a la casa

30 *Idem*.

de los marqueses de Villena, a quienes las propia Mariana servía. Sin embargo, su matrimonio apenas le duraría tres semanas, pues el dicho Andrés falleció transcurrido ese tiempo. Regresará Mariana a la casa paterna, donde permaneció hasta el fallecimiento de su padre. Ante esta nueva situación vital, nuevamente aparece cierto rasgo de sumisión femenina, pues «viéndola desamparada, dos hermanos que tenía la persuadieron a que de nuevo se casase», así fue que ella, «quiso sujetarse al parecer de sus hermanos, y más por esto, que por propia voluntad lo aceptó». Su segundo marido también estaría relacionado con los marqueses de Villena, pues se trataba de Andrés de Cala, quien era el cirujano de los señores. Pero no fue esta la única circunstancia que se repetiría en sus segundas nupcias, pues apenas transcurridos catorce días, nuevamente enviudaría Mariana, al fallecer su segundo marido de una grave enfermedad, por la cual no pudieron llegar a consumar su matrimonio. En esta ocasión, viuda por segunda vez, se fue Mariana a la ciudad de Toledo, donde comenzaría a vivir con sus hermanos.

Parece pues que se aprecian por tanto en esta obra dos cuestiones presentes en toda hagiografía. En primer lugar, cierta sumisión por parte de la protagonista a las figuras masculinas. Y en segundo un ligero desprecio a la vida marital que, si bien en este caso calificarlo como tal quizás no sea totalmente correcto, sí se aprecia al menos una importante desatención o ausencia de ella, pues únicamente habría confirmado su primer matrimonio para cumplir con su papel reproductivo y dar a luz una hija, la cual acabaría siendo religiosa en el convento de la Concepción de Toledo.

Indicábamos igualmente como rasgos definitorios de estas beatas la indiferencia y el desinterés hacia cualquiera de las vanidades terrenales. En el caso que aquí nos ocupa, tenemos alguna muestra muy temprana de estas actitudes, pues escribía Luis de Mesa que siendo bien niña «... alcanzó oración y recogimiento acerca del Misterio de la Santísima Trinidad. Y para más gozar de la meditación, se recogía en un corralico de su casa, y para tener continua memoria del Misterio, tenía hechos tres montoncitos de piedras». Sería además en estos primeros años de su vida, cuando comenzó a mostrarse muy devota al seráfico padre san Francisco, rogándole al santo que le diera sus llagas. Resulta importante este punto, pues su inicial devoción franciscana estuvo motivada precisamente, por uno de los elementos propagandísticos a los que nos hemos referido, una imagen que del santo había en su casa, ante la cual también era muy frecuente que hiciera oración. El gusto por esta sencillez en sus oraciones lo mantendría durante todos sus años de vida, pues era común que se recogiera en la ermita de la Bastida, una pequeña cuevecica, tal y como la describe su biógrafo, una ermita esta que estaba íntimamente ligada a la orden franciscana de la ciudad de Toledo.

Pero fueron más las vanidades del mundo de las que renegó esta beata terciaria, no en vano, el segundo de los capítulos que componen la obra lleva por título *Cómo*

llamó Dios a su sierva al camino de la penitencia y desprecio del mundo. Poco antes de tomar el hábito terciario, cuando ya ayunaba por voluntad propia y comenzaba a rondar su cabeza la idea de disciplinarse, le envió Dios una «... muy grave enfermedad, que, aunque afligió mucho el cuerpo, fue de grande importancia para purificar el alma» algo que, al decir del confesor, haría numerosas veces el Señor para que de ese modo aprendiese Mariana a sujetar el cuerpo al espíritu. Decidió ir a curarse al hospital de Tavera, donde padeció por cuatro meses terribles enfermedades, llegando al punto de que algunos capellanes la velaron durante horas dándole finalmente la extremaunción. Considerada muerta, le tapó el rostro una enfermera, sin embargo, debido a que era esta una enfermedad «no para morir, sino para que se manifestase la gloria de Dios», lo que pensaron que era muerte se trataba realmente de un desmayo. Fue este gran desfallecimiento de fuerzas el que le haría renunciar a todas las vanidades femeninas de manera irremediable. En este estado vio aparecerse frente a ella la imagen de una chica joven, como de su edad, llevando unas tocas y un vestido igual a los que ella usaba hasta el momento de enfermar,

... hecha una viuda muy reverenda con su mismo rostro y talle, y que traía las mangas de la camisa anchas, y muy blancas, muy aseada, y sueltas, de modo que se veía algo del brazo blanco y hermoso, y con unas manillas de ámbares muy claros, y los aladares de las sienes un poco descubiertos, de modo que se veía algo los cabellos rubios, y un descansillo almacenado sobre las tocas largas que la hermoseaba.

Ante la visión de semejante figura femenina frente a su cama, su confusión aumentó y creía la beata verse reflejada en la misma, rogando a Dios que la sacara de aquella congoja. Pero la figura femenina le habló en los siguientes términos

... Yo hago tu apariencia: ¿Parécete que estoy muy bien adornada y hermosa? pues mira quién eres. Y volviendo las espaldas, era una muerte muy al vivo, figurada, con su rostro de calavera y toda la anatomía de huesos mondos. Luego daba otra vuelta, y decía: ¿Vesme con manillas y los brazos muy blancos? pues mira por acá cuan asquerosas manos y brazos tengo. Después daba otra vuelta, y decía: ¿Ves el rostro fresco, y los cabellos rubios que se llevan los ojos? pues por esta otra parte me verás que espanto a las criaturas. Y de esta suerte iba haciendo comparación de lo que era esta sierva de Dios a lo que había de venir a ser.

Finalmente, y justo antes de la desaparición de la figura, esta le hizo una importante advertencia «¿Qué te parece, alma, lo que has visto? Quien se precia ya como

tú de ir por camino de perfección, es necesario, que como va mudando lo interior, mude también lo exterior, que es lo que mueve a los hombres». Estas palabras acabarían por determinar el futuro de Mariana de Jesús, quien en ese momento tomó la decisión de vestir ropa de sayal y cubrir totalmente sus cabellos, además de hacer el voto de no dormir nunca más en una cama y andar tres años descalza. Más rechazos a las vanidades terrenales se demuestran con su determinación de oscurecer tanto sus manos como su rostro, motivo este por el que se lavó durante mucho tiempo con algunas lejías «con el ánimo de no parecer bien a nadie, sino solo dar gusto a Dios».

Una vez recuperada y de vuelta a casa de sus hermanos, decidida a hacer lo que había prometido se puso en las manos del padre Cubillo, religioso franciscano, quien le aconsejó que tomara los hábitos de la Tercera Orden. Así es que a la edad de dieciocho años hizo voto de castidad y de obediencia a los pies de la imagen de san Francisco, quien rigió su vida durante los siguientes nueve años. No obstante, todavía continuaría viendo por espacio de dos años a todas las personas con que se cruzaba como figuras de muerte, de la misma manera que cuando alguna amiga la abrazaba le parecía estar tocando únicamente sus huesos, sufriendo también por los terribles olores que desprendían estos cuerpos. Lo poco corriente de la duración de estas visiones, fue entendida por el confesor como una voluntad divina mediante la cual la hermana Mariana comprendería lo correcto de vivir durante el resto de sus días de la forma más humilde posible, «a vivir en carne, como si estuviera fuera de ella».

Se trata por tanto este de un episodio en el que, como hemos visto, parecen entremezclarse varios de los rasgos que han de definir a toda candidata a la beatificación, a saber: padecimiento con estoicismo de dolorosísimas enfermedades; desprecio a las vanidades del mundo; cierto protagonismo en episodios milagrosos e incluso podemos percibir un fuerte espíritu penitencial.

Si bien es cierto que portar el hábito franciscano ya era de por sí un símbolo de penitencia, para lograr la beatificación el espíritu penitencial debía mostrarse como otro de los rasgos fundamentales en el comportamiento habitual de la candidata. En el caso de la hermana Mariana de Jesús, son profusos y constantes los ejemplos que relata su confesor. Así, por ejemplo, fueron numerosos los pequeños actos de humildad que algunas hermanas le imponían a Mariana, tales como ir a comprar todo lo necesario con las ropas más viejas y deterioradas posibles, o llevar grandes y pesados bultos a cuestras. Todo esto transitando siempre de día y por las partes más visibles de la ciudad, con el fin de que su mortificación fuera mayor. También sencillos sacrificios (a la vez que del mismo modo se presentarían como esa necesaria atención y cuidado a los más desfavorecidos, otro de los rasgos de toda hagiografía) supondrían los encargos de visitar a los enfermos más pobres y servirles en todas las cosas necesarias, por humildes que fueran: hacerles las camas, guisarles las comidas,

barrer, fregar, etc. Sin embargo, como es lógico, sus actos penitenciales también fueron mucho más allá de los hasta ahora explicados, pues tal y como nos relata el padre Mesa «... se entregó con grande ánimo y esfuerzo a la mortificación y penitencia», advirtiendo de hecho a los lectores que no tuvieran a la hermana Mariana por imprudente, pues «... lo que en unos sujetos es reprehensible, en otros, miradas las fuerzas, inspiración y vocación divina, suele ser muy digno de alabanza». Sabemos por tanto que utilizó esta venerable hermana tercera multitud de cilicios de todo tipo: cerdas, esteras, sogas, etc., usándolos todos ellos de forma muy continuada, pero siempre motivada por diferentes revelaciones o inspiraciones divinas. También portaba esta santa al menos treinta y tres libras de peso en cadenas que llevó atadas a su cuerpo durante muchos años, poniéndose en multitud de ocasiones en aquellas partes del cuerpo que le quedaban libres coronas de espinas o clavos de hierro.

Sin embargo, no siempre era ella misma la que se autoinfligía estas disciplinas, sino que en numerosas ocasiones utilizó a sus hermanas para que le dieran azotes, para que la pisaran por todo el cuerpo cuando ella estaba tendida en el suelo, otras veces hizo que la cubrieran de piedras pesadas o de trapos sucios, que la ataran a un potro de madera que ella misma había construido, que le arrojaran aceite hirviendo a las heridas causadas por los cilicios, etc. Además, a todas estas penitencias y mortificaciones, también habría que sumar los innumerables ayunos que la hermana Mariana practicaba comúnmente.

Con todo, el padre Mesa se mostró prudente en lo tocante a los posibles mimetismos que estos actos pudieran causar. Pues si bien decíamos que la publicación de las vidas de estas mujeres pretendía dar a conocer modelos comportamiento, con motivo de la explicación de algunas de las penitencias practicadas por la hermana Mariana explicaba el biógrafo que no todo el mundo podía llegar a los extremos de la terciaria, que al fin y al cabo debía ser vista como una mujer excepcional en el ámbito espiritual. Así lo advertía con una nota al lector

Advierta mucho el cristiano lector que en los santos unas cosas son imitables y otras admirables. No porque en esta sierva suya hiciese estos géneros de penitencias, se ha de poner cualquiera a imitarlas; porque estas particulares obras dependen de particular espíritu de Dios y especial llamamiento, sin el cual las obras que en esta sierva del Señor eran virtudes tan altas, en otros sujetos, donde faltará el espíritu y la vocación, fueran imprudencias...

Pero como decíamos anteriormente, si algo caracterizaba las hagiografías (y animaba a su lectura) era cualquier tipo de suceso fantástico o milagroso que protagonizara la santa o beata en cuestión. De hecho, en este sentido la vida de Mariana

de Jesús no iba a ser menos, pues toda la obra está plagada de constantes arrobos, experiencias místicas, visiones, raptos y apariciones, entre las que fueron numerosas las de su ángel de la guarda, las de diferentes santos, de la Virgen e incluso del mismo Dios, con quienes la relación llega a convertirse prácticamente en algo íntimo y personal. Con ellos mantiene coloquios y recibe consejos y revelaciones, enriqueciéndole el alma de virtudes que han de guiar su forma de actuar para lograr al camino a la perfección; no en vano, como modelo de conducta que debían suponer estas obras, su confesor dedicó innumerables capítulos a todas las mercedes y regalos que de ellos obtuvo la terciaria.

Respecto a algunos otros de sus sucesos milagrosos, en este caso los relacionados con la cura de enfermedades, ya han sido estudiados en parte por Morte Acín.³¹ De todos modos, cabe indicar que, si bien estos no son tan numerosos como las experiencias místicas, todos los casos que relata el padre Luis de Mesa están minuciosamente explicados, tratando de mostrar cómo el papel de la hermana Mariana era de mera intermediaria entre el enfermo y Dios, y que era a este a quien pertenecía el poder taumatúrgico de la beata. Para evitar cualquier tipo de conflicto llegaría a escribir el franciscano cómo en algunas ocasiones debía obligar a la tercera a que visitara a algunas personas enfermas, no estando la negativa de esta motivada en que lo hiciera de mala gana,³² sino porque «... algunas veces, por la gran humildad que tenía, lo reusaba, porque oía decir que sanaba por sus ruegos y visitas».

Pero la hermana Mariana protagonizó algunos otros episodios milagrosos, como por ejemplo aquellos en los que predecía el futuro. Esto sucedía en ciertas ocasiones porque bien la Virgen, bien el mismo Dios le revelaban lo que iba a suceder; y otras veces porque tenía visiones que indicaban cuál sería el devenir de lo que estaba presenciando. Así por ejemplo intervino en el matrimonio de diferentes parejas por mediación del Altísimo que le indicaba con quién debía casarse tal o cual muchacha. También logró, nuevamente por consejo de Dios, que algunos clérigos que querían ser frailes desistieran en su empeño, manteniéndose finalmente como sacerdotes. Igualmente, debido a sus constantes rezos para aliviar a los pobres, conocería con anticipo en tiempos de sequía cuando llegarían las lluvias y el bien que traerían a la población. También en alguna ocasión le adivinó los pensamientos a su confesor, sin que este le hubiera comentado nada al respecto. Igualmente predijo cómo algunos

31 Ana MORTE ACÍN, «Tradiciones y pervivencias medievales en los modelos de santidad femenina en la Edad Moderna: curaciones milagrosas y mediación», *Medievalia* 18 (2) (2015): 297-323.

32 Al contrario, pues como se ha indicado la atención y cuidado de las personas enfermas y más necesitadas sería otro rasgo característico de las protagonistas de hagiografías. Alguna breve pincelada al respecto se ha mencionado anteriormente, pero (aunque no nos detengamos más en estas cuestiones) la vida de la hermana Mariana, como es lógico, también estuvo repleta de estas atenciones y ayudas a los más indefensos.

eclesiásticos acabarían por ser nombrados obispos. E incluso en cierta ocasión, profetizó el embarazo de una amiga suya. En palabras de la propia Mariana se trataba de que Dios le hacía muchas mercedes dándole a entender

... los estados que convenían a muchas gentes, y así por mi consejo se hicieron unos frailes, otros clérigos, otros se entraron en la Compañía de Jesús, otras fueron monjas, otras beatas, otros muchos de la Tercera Orden, otros se casaron. Y a los que iban errados de lo que era voluntad de Nuestro Señor, acerca de esto de tomar estado les hice dejar sus intentos y recibir el verdadero de Dios. Y algunos que no lo hicieron, no perseveraron en el estado que merecía, mas los que tomaron mi consejo han vivido, y viven, consolados. De algunos me avisaba Nuestro Señor, de otros Nuestra Señora, de otros el glorioso San Diego. También me ha hecho su Majestad merced de que conociese los interiores de las almas cuando había de ser para algún provecho suyo [...] Otras veces sabía cuándo habían de enfermar algunas personas y de otras cuándo sanarían.

Precisamente una de estas últimas experiencias la sufriría en sus propias carnes, pues también tuvo algunas revelaciones sobre su propio futuro. Así con ocasión de una de las muchas graves y dolorosas enfermedades que padeció (otro de los rasgos de toda hagiografía) y que la tuvo en cama durante muchos días, le fue revelado que se restablecería el día de Nuestra Señora en agosto. Habiéndoselo dicho a su confesor ocho días antes, este lo compartiría en secreto con cuatro sacerdotes para que hubiera testigos del posible milagro. Pese a haber estado agonizando, sin habla y sin vista, el día anterior al señalado, a las doce de la noche y ante más de catorce testigos sufrió un raptó en el que Dios la llevó al Purgatorio. Regresó de él a las dos horas, totalmente recuperada de tal modo que causó admiración general y a las cuatro de la madrugada se dirigieron a la iglesia de Santa Leocadia donde su confesor celebraba la misa.

Sin embargo, también sufría la parte más amarga de las predicciones del futuro, pues en numerosas ocasiones anticipaba las muertes de las personas a las que estaba viendo. Algunas veces, cuando tocaba a alguien enfermo, veía a su lado un ángel de la guarda que le cubría el rostro con un paño blanco. Otras ocasiones era Dios el que estaba junto a los moribundos, dando a entender que debían morir. Incluso en el caso de su cuñada, que padecía una grave enfermedad, le rogó la hermana Mariana a Dios para que pusiera remedio; pero en un raptó que tuvo con la Virgen, esta le dijo que debía hacer el esfuerzo de verla padecer, pidiéndole sin embargo que no rezara por la salud corporal, pues no la tendría, pero sí se le otorgaría la espiritual. Enviada a velar y acompañar a su cuñada hasta su último suspiro, la misma mañana del día de su muerte pudo ver la terciaria como un ángel de la guarda mantenía una dura lucha

contra un demonio que tentaba a su cuñada a aferrarse a la vida, saliendo victorioso el primero gracias a lo mucho que el Señor deseaba el bien de Mariana. Esa misma tarde, de nuevo vería la beata a otro demonio

... a los pies de la cama de la enferma, la boca abierta como un dragón, echando de ella fuego. Y el Ángel de la Guarda de la dicha enferma estaba a la cabecera hermosísimo amparándola, con un brazo extendido sobre su corazón; y volvía por instantes el bendito Ángel a aventar al demonio, que como estaba a los pies se alargaba por cima de la cama, como que quería alcanzar a la enferma. Y luego le veía abatido al suelo y como acobardado, y tornaba de allí a poco a hacer lo mismo. Y como esto vi, conocí llegarse ya la hora de su muerte, y así me puse de rodillas junto a la cabecera, encomendándola a nuestro Señor, pidiendo echase de allí al demonio y el Ángel favoreciese al alma.

Precisamente estos encuentros con el Maligno y sus esbirros eran otra de las características de las hagiografías, los cuales constituían además algunas de las partes más del gusto del público. Uno de los enfrentamientos del que tenemos noticia, estaría motivado justamente por la muerte de su cuñada que acabamos de referir. Había lamentado profundamente el demonio no poder hacerse con aquella alma, y enterado que la hermana Mariana había tenido parte en ello debido a sus oraciones, se le apareció atormentándola y apretándole los brazos «tan fuertemente, que me parecía como si los mismos huesos me quebraran». Sin embargo, al mostrarse la beata fuerte y paciente, ofreciendo aquellos dolores que sufría al alma de la esposa de su hermano, se rindió el demonio, el cual desapareció dando tales bramidos que hicieron temblar durante toda la noche a la tercera, acabándose de este modo la pelea.

En otra ocasión, retirándose a la oración en la ermita de la Bastida, lugar al que solía acudir, se encontraba la hermana Mariana muy cansada y afligida, y se le apareció el demonio «... poco a poco, so color de piedad y discreción, procurando inspirar en mi alma el veneno de la tibieza y la negligencia». Le decía este a la beata que se encontraba con pocas fuerzas para tanto esfuerzo y mortificación, y que de continuar en esa situación acabaría por caer enferma, aconsejándole por tanto el demonio que lo mejor sería que regresara a su casa y no permaneciera por más tiempo en aquel lugar tan frío e incómodo. Le causaron estas palabras gran desasosiego a la terciaria, quien dudaba si debía marcharse de allí por el temor que tenía de empeorar su salud. A la mañana siguiente pese a levantarse un tanto indiferente, decidió mostrar algo de resistencia por si este desasosiego era realmente una tentación del diablo, comenzó a animarse poco a poco lo que le valió para enfrentarse al enemigo levantando la voz y diciéndole «Oh traidor, enemigo de la paz, ¿háceste maestro de bien vivir y médico

de cuerpo? ¡Oh quien pudiera fervorizar a cuantos desmayaron con estos malditos consejos, matando con ellos la luz del Espíritu Santo que sus almas habían recibido!». Estando llorando muy amargamente la hermana Mariana, escuchó un estallido tan fuerte que pensaba que toda la cueva donde estaba la ermita se caería sobre ella, notando también un pestilente olor que le indicó que había vencido al demonio.

Pero fueron muchísimos los episodios en los que el diablo y sus secuaces se presentaron a la beata, pues desde que tomó el hábito de la Tercera Orden la molestaron constantemente, y no solo con vehementes tentaciones, sino que la maltrataban de muy diferentes formas. En ocasiones la golpeaban de tal manera que los dolores le duraban varios días. Otras veces, cuando oraba adoptando la postura de una cruz, le estiraban los brazos hasta juntarlos con la espalda. Cuando iba a realizar alguna disciplina, en el momento de darse los golpes agarraba el demonio el azote y tiraba de él por un buen rato para impedir que se disciplinara. A menudo, estando recogida con actos de humildad dispuesta a entrar en oración, con el fin de inquietarla se le subía algún demonio sobre los hombros, provocando que se diera de bruces contra el suelo y sangrara por la boca. Repetían esta acción hasta que debido a la perseverancia de la hermana Mariana, se marchaba el demonio dando voces y bramidos. La inquietaban durante la oración con ruidos; iban hacia ella como pjaras de cerdos gruñendo, acercándose a ella y atemorizándola; le tiraban de la ropa; la intentaban ahogar, etc. También jugaban con ella como si fuera una pelota tirándola un demonio a otro hasta que echaba sangre por la boca; o la usaban de adarga y le tiraban cañas, de tal manera que le quedaba todo el cuerpo dolorido.

En una ocasión, estando en el campo recogida para pedir por todos aquellos que estaban en pecado mortal, rezaba boca abajo cuando sintió un ruido estruendoso, como si de un gran animal con herraduras se tratara. Viendo el demonio que estaba postrada en el suelo se le subió encima del cuerpo, dando muchos saltos y pisándola, luego se sentó sobre la espalda, sintiendo la hermana Mariana que se le quebraba el pecho, que los ojos le saltaban de dolor, tenía la lengua hinchada y le faltaba la respiración. Tras seis horas de padecimiento, sintió animársele el corazón, ofreciéndose a padecer lo que el Señor ordenara por todos los necesitados. Estando resignada de este modo y con ese buen deseo, se levantó el demonio y dando bramidos y con mucho ruido se marchó.

La propia beata dejaría escrito en una carta enviada a su confesor alguno de estos encuentros con el diablo. Tomemos alguno de estos relatos a modo de ejemplo, pues su lectura puede resultar bastante clarificadora.

... Grandes son las mercedes que nuestro divino Señor me ha hecho dos días esta semana, dando licencia al demonio para que haga en mí terribles castigos. Vienen

con grande estruendo, como ejércitos de soldados, con muchos géneros de instrumentos en las manos para atormentarme y descargar sobre mí terribles golpes con mazas en la cabeza, que según el golpe y dolor que siento parece que al primero me deshacen los cascos [...]. Y otras vienen con gruesas barrenas encendidas de fuego y me barrenan por todas las partes más sensibles de mi cuerpo, empezando por los ojos y oídos, y acabando por las uñas de las manos y los pies. Y otros traen unos azotes muy espantosos, que atemorizan el alma, y son tan anchos como una mano y muy gruesos, llenos de púas y muy pesados. Y con aquellos azotes me daban tantos por todo el cuerpo que quedaba como muerta, llamando con el corazón a nuestro Señor y a su Santísima Madre que me favoreciesen en tan grandes trabajos y tristezas como padecía. Que es imposible escribir nada respecto de lo que padecí en estos dos días por tres veces que, si Dios no me esforzara, era imposible levantarme del suelo donde estaba arrojada. Y a la postrera vez atormentaron los demonios, pareciome que el Señor me había desamparado en tan extraños trabajos, y me quejaba de que ya no me quería oír ni ver, sino desampararme de su presencia. Y súbitamente parece que el cielo se había bajado al suelo, y llenándose la cueva de admirable luz vi al Señor con grande majestad y gloria sentado en trono de innumerables ángeles cantando con gran melodía. Y levantáronme los gloriosos ángeles del suelo y me pusieron en los brazos del Señor [...] me dijo con grande amor, que nunca me había dejado en aquellos dos días de tan grande tempestad. Antes que su divina Majestad estaba en medio de mi corazón, y que él era el que me daba la fortaleza en medio de la tribulación para que no perdiese la paciencia [...] Hízome su Majestad grandes mercedes en este rapto con que quedé obligadísima y muy confiada de la largueza y magnificencia de Dios Nuestro Señor. Si yo me dispongo para que Su Majestad obre en mi alma Señor y padre mío, y que fuera tan humilde que en todas las cosas necesarias me cupiera la peor parte, y lo que los demás desechan o aborrecen, aquello reciba yo para mí con mucha alegría y hacimiento de gracias. Y no solo no lo desprecie ni tenga en poco, más aún me tenga por indigna de ello, y de todo corazón crea que no lo merezco. Y así viva en todas las cosas sin queja ni sentimiento, conociendo mi alma que todo viene de la mano del Señor. Y así de ninguna criatura me quejaré por mucho que me maltraten e injurien, más todas las injurias y la misma muerte pacientemente la reciba sin echar a nadie la culpa. Todo esto fuera útil y provechoso para la salud de mi alma, y con esto creo crecería la verdadera caridad que consiste en el amor de Dios y del prójimo, fundado en la virtud de la humildad...

Parece pues que siendo Dios el enemigo a batir, el demonio trataba de vencerle mediante engaños y embelesos a estas mujeres santas cuya vida espiritual era tan

importante para Dios, siendo él por tanto quien actuaba de verdadero redentor en los momentos de flojedad que estas pudieran sufrir.

Por tanto, como ejemplo y modelo de comportamiento y de sumisión y obediencia que pretendían ser estas obras, no puede resultar extraño que fueran varios los capítulos que el padre Luis de Mesa dedicara por completo a las pugnas de la beata con el demonio, amén de pequeñas referencias que salpican el resto de la obra. Si bien en todas ellas se pueden comprobar los tintes épicos que revestían estos enfrentamientos. Al fin y al cabo, tal y como escribió el hagiógrafo «mucho fue en gran manera lo que la hermana Mariana padeció por malicia y furia de demonios, que cuanto era llegada a Dios, tanto era de ellos aborrecida. Y permitiéndolo el Señor para bien de su alma, procuraban cuanto podían ejercitar en ella su venganza».

Dejaba escrita la propia Mariana de Jesús en la carta anteriormente referida, que ni en la hora de su muerte se quejaría, afrontándola pacientemente y sin culpar a nadie. Pues bien, que ese tránsito hacia la otra vida viniera marcado por algunos aspectos milagrosos, será otro de los rasgos de las hagiografías. En el caso que aquí nos ocupa, cumplió la terciaria su palabra, pues en la víspera de la Cruz de Mayo del año 1620, entre grandes dolores vería a Dios y una pesada cruz, cuyo peso ella tendría que soportar, pero lo haría con total obediencia al Señor y como padecimiento para que todas las almas del Purgatorio llegaran al cielo. Durante los días que le duró este sufrimiento, llegaron sus dolores y sudores a tal punto que el médico que la visitó aseguró que aquello era algo sobrenatural, y que él mismo «... sujetaba su conciencia a Dios y se rendía, juzgando que era obra suya». Pasados unos días, desaparecerían estos sudores, pero su dolor se transformaría en algo similar al que se debía sufrir al estar clavada en una cruz, de tal manera que no le era posible moverse de la cama, y llegando al punto de sudar sangre durante varios días. Tras una nueva aparición de Dios, se le calmaría este sufrimiento. Sin embargo, apenas transcurridas unas semanas, en el Pentecostés de ese mismo año de 1620, tuvo la terciaria nuevas visiones y raptos que le llenaban de virtudes, y recibiendo copiosas bendiciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por lo que le parecía estar ya muy cerca de la bienaventuranza. Sentía la hermana Mariana todos estos arrobos como momentos de gloria, de tal modo que deseaba fervientemente quedarse en ese estado para seguridad de su conciencia y gozar del amor de Dios. Era tal su estado de ánimo que ella misma le diría a su confesor «... me parecía que mi alma se arrancaba suavemente del cuerpo, y desamparándole se entraba en la vida eterna».

Finalmente, el jueves 2 de julio sufrió unas calenturas que no pudieron tenerse por enfermedad natural hasta el día siguiente pasadas las tres de la tarde, debido a que normalmente le comenzaban en jueves las visiones y raptos que sufría los viernes. Tras siete días de enfermedad, fallecería el día 9 de julio a las nueve y media

de la noche, asistiendo una gran cantidad de personas a ver su cuerpo y a consolarse en su muerte. Pero al día siguiente fue aún más tumultuosa la despedida de la beata.

... acudió tanta gente todo el tiempo que estuvo en casa el cuerpo, que no cabía en ella, ni aún en la calle vecina, yendo y viniendo toda la ciudad, así caballeros seglares como eclesiásticos y ciudadanos honrados y de todo género de gente. Llevaban reliquias de sus vestidos y de cabellos, tocaban rosarios en su cuerpo, besaban sus pies y manos. Fue necesario para que no la despojasen de su vestido, poner guardas.

Este episodio final de la vida de la hermana terciaria Mariana de Jesús, también nos sirve para comprobar varias de las finalidades que perseguían este tipo de obras entre sus lectores, pues más allá de los capítulos más milagrosos y fervorosos que hemos ido señalando, también se aprecian ciertas referencias a la nueva religiosidad postridentina en estos momentos *post mortem*. Así, por ejemplo, como acabamos de ver, escribió Luis de Mesa que se llevaban reliquias y la veneraban una vez muerta, pero también insistía el franciscano en cómo algunas personas que la veían sintieron nuevos fervores de ser santos, al comprobar el gozo en que habían deparado las penitencias de la hermana Mariana. La cuestión de las reliquias resulta especialmente interesante, pues cuatro años después de su fallecimiento, al trasladar su cuerpo junto al altar de la Concepción, en el convento de San Juan de los Reyes, se halló su cuerpo entero y con un suavísimo olor como procedente del cielo. Había destilado el cuerpo un licor que se empapaba en paños y se había repartido entre muchas personas como una valiosa reliquia.

No en vano, el confesor se preocuparía de ir mostrando a lo largo de la obra pequeñas pinceladas sobre esta nueva preocupación postridentina. De hecho, uno de los capítulos llevaría por título *Del afecto que tenía a las obras de religión y culto exterior de Dios y de los Santos y milagrosa imagen de su ornato*, iniciándolo de un modo muy ilustrativo que dejara a las claras la importancia de las imágenes. Pues escribió lo siguiente: «En estos tiempos cuando los herejes han querido echar por tierra el culto exterior de Dios y de sus santos y de las sagradas imágenes, conviene asentar esta virtud en aquellos a quien pretendemos engrandecer por santos, que si esta no se descubriera, todo lo demás se hiciera sospechoso».

6. A MODO DE CONCLUSIONES

Hemos comprobado, por tanto, cómo el relato elaborado por Mesa sobre la vida de la hermana terciaria Mariana de Jesús se ajusta sin mayores dificultades a los cánones que rigen toda hagiografía. Se presenta además la obra, pues así lo hacía

notar en diferentes ocasiones su autor, como guía para seguir el ejemplo y el modelo del nuevo comportamiento espiritual postridentino, al escribir pasajes como el que encabezaba el segundo libro del volumen y en el que se refiere a las muchas mercedes que la beata había recibido: «... Creo que quien las leyere, hallará en ellas su más eficaz recomendación y la más viva persuasión para imitarlas, porque fueron admiración de grandes teólogos, de hombres muy prudentes y de sujetos de muy crecido y experimentado espíritu...».

Al fin y al cabo, algunas de estas características generales que hemos tratado de mostrar a lo largo de este artículo, no dejaban de ser en cierto modo unas virtudes tradicionalmente eclesiásticas que, a decir de González Lopo, los escritores modernos sacaban de los claustros para brindárselas a los laicos como guía de su existencia. Se convertían por tanto de este modo en unas pautas de conducta que dejaban de ser exclusivas de los religiosos,³³ tal y como ya se advertía en algunas de las sanciones que preceden a la obra, por ejemplo dejaba escrito el mercedario fray Francisco Ponce de León «... estos libros serán espejos cristalinos para armar caballeros cristianos y universal aprovechamiento de las almas católicas...», mientras que Gerónimo Pardo de Villarroel advertía «... no solo no tiene cosa contra la fe y buenas costumbres, antes ayuda a las costumbres y fe con ejemplos admirables, que siempre los de los santos son estímulo ardiente de nuestra tibieza, despertador vigilante de nuestro descuido...».

No obstante, más allá de que se tratara de mostrar a estas mujeres como modelos paradigmáticos de comportamiento, a la vista del ejemplo de la hermana Mariana de Jesús, también parece desprenderse, tal y como han apuntado autoras como Moncó Rebollo o Morte Acín,³⁴ un cierto proceso de empoderamiento femenino, pues no son pocas las ocasiones en que la terciaria aparece como mediadora o intercesora en diversos problemas. Se alzaría por tanto en semejantes situaciones, al menos en cierta medida, como una figura de autoridad, característica esta que a priori no se consideraba como parte del ideal de mujer santa, y que en cambio se situaría más cercana al modelo de personaje dotado de cierta preponderancia entre sus conciudadanos. Así, y a pesar de la utilización pretendida de esta literatura hagiográfica, una lectura actual de estas obras, también podría estar mostrándonos, en palabras de Moncó Rebollo, «... mujeres extrañas que no cumplen las normas de género impuestas».³⁵

33 GONZÁLEZ LOPO, «¿Cómo se construye la historia?», 39.

34 MORTE ACÍN, «Tradiciones y pervivencias medievales», 297-323. Ana MORTE ACÍN, «Autoridad, santidad femenina y vida cotidiana en la Edad Moderna española», en *A la luz de Roma...*, 367-383. MONCÓ REBOLLO, «Beatas y posesión demoníaca», 75-88.

35 MONCÓ REBOLLO, «Beatas y posesión demoníaca», 85.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMOGATHE, Jan-Robert. «La fábrica de los santos. Causas españolas y procesos romanos de Urbano VIII a Benedicto XIV (siglos XVII-XVIII)». En *Homenaje a Henri Guerreiro. La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, editado por Marc Vitse, 149-168. Madrid: Universidad de Navarra / Editorial Iberoamericana, 2005.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando J. «Leer para creer. Religión y cultura del libro en la Edad Moderna». En *Historia del cristianismo*. Vol. 3, *El mundo moderno*, coordinado por Antonio Luis Cortés Peña, 637-679. Madrid: Editorial Trotta / Universidad de Granada, 2006.
- BRIGGS, Asa y Peter BURKE. *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Taurus, 2002.
- EGIDO, Teófanos. «Hagiografía y estereotipos de santidad contrarreformista (La manipulación de san Juan de la Cruz)». *Cuadernos de Historia Moderna* 25 (2000): 61-85.
- EISENSTEIN, Elisabeth. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal, 1994.
- EISENSTEIN, Elisabeth. *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- GONZÁLEZ LOPO, Domingo Luis. «¿Cómo se construye la historia de un santo? La imagen del santo y su evolución a través de los siglos: el ejemplo de S. Rosendo de Celanova». *Lusitania Sacra* 28 (2013): 21-48.
- GONZÁLEZ LOPO, Domingo Luis. «El peso de la tradición frente a la renovación tridentina: la devoción a San Julián en la Galicia del Barroco». En *A la luz de Roma. Santos y santidad en el barroco iberoamericano. Volumen II. España, espejo de santos*, editado por Fernando Quiles García, José Jaime García Bernal, Paolo Broggio, Marcello Fagiolo Dell'Arco, 117-136. Sevilla: E.R.A. Arte, Creación y Patrimonio Iberoamericanos en Redes / Universidad Pablo Olavide / Roma Tre-Press, 2020.
- JIMÉNEZ PABLO, Esther. «La santidad politizada en época moderna: estudios más recientes». *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada* 43 (2017): 11-18.
- LÓPEZ LÓPEZ, Roberto J. «La hagiografía como fuente para la historia social y cultural de la Edad Moderna». En *Los vestidos de Clío. Métodos y tendencias recientes de la historiografía modernista española (1973-2013)*, editado por Ofelia Rey Castelao y Fernando Suárez Golán, 365-391. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2015.

- MARTÍN GARCÍA, Alfredo. «Franciscanismo seglar y propaganda en la Península Ibérica y ultramar durante la Edad Moderna». *Sémata. Ciências Sociais e Humanidades* 26 (2014): 271-293.
- MARTÍNEZ PEÑÍN, Raquel y Alfredo MARTÍN GARCÍA. «Las santas terciarias medievales como modelo del comportamiento femenino en las fraternidades peninsulares durante la Edad Moderna». En *As Ordens Terceiras no mundo ibérico da Idade Moderna*, coordinado por Maria Marta Lobo de Araújo, 113-139. Braga: Santa Casa da Misericórdia de Braga, 2018.
- MESA, Luis de. *Vida, favores y mercedes que nuestro señor hizo a la venerable hermana Mariana de Jesús, de la Tercera Orden de san Francisco, natural de la villa de Escalona, que vivió y murió en Toledo*. Toledo: Agustín Salas Zazo, 1661. Madrid: Imprenta Real, 1678, 2ª impresión.
- MONCÓ REBOLLO, Beatriz. «Beatas y posesión demoniaca: contramodelos femeninos e inquisición». *Edad de Oro. Revista de Filología Hispánica* 38 (2019): 75-88.
- MORTE ACÍN, Ana. «Tradiciones y pervivencias medievales en los modelos de santidad femenina en la Edad Moderna: curaciones milagrosas y mediación». *Medievalia* 18, nº 2 (2015): 297-323.
- MORTE ACÍN, Ana. «Autoridad, santidad femenina y vida cotidiana en la Edad Moderna española». En *A la luz de Roma. Santos y santidad en el barroco iberoamericano*, editado por Fernando Quiles García, José Jaime García Bernal, Paolo Broggio y Marcello Fagiolo Dell'Arco, 367-383. Sevilla: E.R.A. Arte, Creación y Patrimonio Iberoamericanos en Redes / Universidad Pablo Olavide / Roma Tre-Press, 2020.
- PALOMO DEL BARRIO, Federico. «Un catolicismo en plural: identidades, disciplinamiento y cultura religiosa en los mundos ibéricos de la Edad Moderna». En *Poder, sociedad, religión y tolerancia en el mundo hispánico: de Fernando el Católico al siglo XVIII*, coordinado por Eliseo Serrano Martín y Jesús Gascón Pérez. Vol. 1, 193-217. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2018.
- PÉREZ-EMBED, Javier. *Santos y milagros. La hagiografía medieval*. Madrid: Editorial Síntesis, 2017.
- POUTRIN, Isabelle. *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne*. Madrid: Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 1995.
- PROSPERI, Adriano. *El concilio de Trento. Una introducción histórica*. Ávila: Junta de Castilla y León, 2008.
- REY CASTELAO, Ofelia. *A Galicia clásica e barroca*. Vigo: Editorial Galaxia, 1998.
- El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, traducido por Ignacio López de Ayala. 4ª ed. Madrid: Imprenta de Ramón Ruiz, 1798.

- SERRANO MARTÍN, Eliseo. «Hagiografía y milagro. Fabricar santos en la Edad Moderna». En *Identidades y fronteras culturales en el mundo ibérico en la Edad Moderna*, editado por José Luis Betrán, Bernat Hernández, Doris Moreno, 193-215. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2016.
- VAUCHEZ, André. *La sainteté en occident aux derniers siècles du moyen age. D'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques*. Rome: École française de Rome, 1988.